

UN SUEÑO

I

Por aquel tiempo habitaba yo con mi madre en un pueblecillo de la costa. Tenía diez y siete años cumplidos, y mi madre sólo contaba treinta y cinco; se casó muy joven.

Al cumplir siete años, murió mi padre, y, sin embargo, mi memoria lo tenía presente con suma claridad.

Mi madre era bajita y rubia, su rostro encantador estaba siempre triste; hablaba despacio, con voz débil, con ademanes asustadizos. En su juventud tuvo fama de hermosa, y continuó siendo bonita y seductora hasta

sus últimos días. Nunca he visto un cabello más fino y sedoso, unas manos más preciosas. Yo la adoraba y ella me amaba...

Sin embargo, no era alegre nuestra vida; mi madre parecía sufrir una desgracia misteriosa, irreparable, inmerecida, y que devoraba sin cesar las mismas raíces de su existencia.

El pesar que le había causado la muerte de mi padre no bastaba para explicar aquella tristeza abrumadora, aun cuando fuese grande su dolor, porque le había amado apasionadamente y quería con santidad su memoria. ¡No! En su aficción había un misterio que yo no podía descifrar, pero que presentía de un modo vago é intenso á la vez, siempre que fijaba mi vista en los inmóviles y tranquilos ojos de mi madre, en sus labios tan bellos y también inmóviles, apretados sin amargura, pero que parecían quietos para siempre.

Ya he dicho que mi madre me amaba. Sin embargo, había momentos en que me rechazaba ó en que mi presencia era penosa y hasta insoportable para ella. Parecía sentir de pronto una repulsión involuntaria hacia mí, sentimiento de que se horrorizaba un instante después, y, con lágrimas de arrepentimiento, me estrechaba contra su corazón.

Atribuía yo esos impulsos de animadversión al estado enfermizo de mi madre y á sus pesares... Verdad es que también pudieran ser ocasionados por los extravagantes accesos de mal humor y de deseos criminales que se apoderaban á veces de mí... Pero esas crisis no sobrevenían nunca en los momentos en que me tomaba ella ojeriza.

Iba siempre vestida de negro, como si gastase luto. Vivíamos con cierta holgura, aunque sin relaciones.

II

Mi madre había concentrado en mí todos sus pensamientos y cuidados. Su vida se había fundido con la mía.

Una intimidad tan estrecha entre padres é hijos, no siempre es ventajosa para éstos... Por el contrario, á menudo es nociva para ellos.

En fin, era hijo único..., y los muchachos que no tienen hermanos ni hermanas, se desarrollan en su mayoría de una manera irregular. Al educarlos, suelen pensar sus padres en sí mismos tanto como en su descendiente... No hay nada más malo en punto á educación.

Sin embargo, no era mimoso ni duro: dos extremos en que incurren fácilmente los hijos únicos. Pero mi sistema nervioso se había conmovido

prematuramente y era débil mi salud, como la de mi madre, á quien me parecía mucho de cara.

Evitaba el trato de los chicos de mi edad, y, en general, huía de los hombres; hablaba muy poco hasta con mi madre.

Lo que más me gustaba era la lectura, y aún más pasearme á solas y soñar...

¿En qué soñaba? Es difícil decirlo: algunas veces creía encontrarme de pronto ante una puerta entornada, detrás de la cual se ocultaban misterios insondables. Me quedaba esperando, estupefacto, sin poder decidirme á trasponer los umbrales de aquella puerta y sin cesar de preguntarme qué pasaba allá, cerca de mí..., y esperaba siempre con una especie de zozobra ó acababa por dormirme.

Si hubiese sido poeta, sin duda que hubiera expresado con versos tal estado de ánimo; si hubiese sido inclina-

do á la devoción, hubiera entrado en un convento; pero no era poeta ni piadoso y pasaba el tiempo soñando con vaga espera.

III

Acabo de confesar que me acontecía dormirme asediado por ideas y meditaciones indefinibles. Dormía mucho por costumbre, y los ensueños representaban un papel importante en mi vida; todas las noches los tenía. No los olvidaba, concediéndoles un significado, tomándolos por advertencias, y me esforzaba por penetrar su sentido misterioso; algunos de esos ensueños se repitieron en varias ocasiones, lo cual siempre me ha dejado suspenso y me ha parecido muy extraño.

He aquí el ensueño que más vivamente me impresionó.

Estoy en una calle estrecha y mal empedrada de una ciudad antigua, entre altas casas de techumbres puntiagudas.

Estoy callejeando, y al callejear busco á mi padre; el cual no ha muerto, sino que se oculta de nosotros y vive en una de estas casas.

Me cuelo por una puerta cochera, baja y oscura; atravieso un largo patio y al fin penetro en un cuartito iluminado por dos ventanas redondas.

En medio de esa pieza, veo á mi padre en traje de casa; está fumando en pipa. No se parece á mi verdadero padre. Es de elevada estatura, flaco, moreno; su nariz es aguileña, los ojos empañados y penetrantes; representa unos cuarenta años.

Le disgusta ver que he descubierto su retiro; yo tampoco estoy satisfecho de aquel encuentro y permanezco de pie ante él con gran perplejidad. Medio se vuelve de espaldas, mascullea

entre dientes alguna cosa y anda por la habitación con paso menudo... Luego se aleja de mí, siempre chapurreando, y me echa miradas por encima del hombro... La habitación se ensancha y se pierde entre tinieblas.

Me da un miedo horrible al pensar que acabo de perder mi padre otra vez; me lanzo en persecución suya, pero ya no le veo; sólo oigo su gruñido de oso.

Mi corazón desfallece..., me despierto, y tardo mucho tiempo en poderme dormir de nuevo.

Pasé todo el día siguiente en recordar todos los detalles de ese ensueño, sin conseguir explicármelo.

IV

Estábamos en el mes de Junio. La ciudad donde habitábamos se animaba en aquella estación del año. Gran

número de buques anclaban en su puerto, y una multitud de extranjeros veíanse en sus calles.

Me gustaba pasear por los muelles, delante de los cafés y de las fondas, para ver las variadas fisonomías de los marineros sentados en los establecimientos, alrededor de mesitas blancas, sobre las cuales se veían jarros de estaño llenos de cerveza.

Un día, al pasar junto á uno de esos cafés, me fijé en un hombre que pronto absorbió toda mi atención.

Llevaba una larga chamarreta negra y un sombrero de paja calado hasta los ojos. Estaba sentado, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho. Los escasos rizos de su negro cabello le caían hasta la nariz; sus labios finos oprimían la boquilla de una pipa corta.

¿A quién se parecía aquel hombre? Cada rasgo de su cara amarilla y tostada por el sol, toda su persona, se

habían grabado tan intensamente en mi memoria, que, sin querer, me detuve delante de él, preguntándome: «¿Quién es ese hombre? ¿Dónde le he visto yo?»

Sin duda, sintió mi mirada fija en él y levantó hacia mí sus ojos negros y penetrantes.

—Ah! exclamé á pesar mío.

Aquel hombre era el padre que se me había aparecido en sueños. Mi primer impulso fué preguntarme si aún estaba yo durmiendo.

Pero, no... Es de día, en torno mío va y viene la multitud, brilla el sol alegremente en lo azul del cielo y tengo ante mí, no un fantasma, sino un hombre de carne y hueso.

Me acerco á una mesa vacía, pido un *bock* de cerveza y un periódico, y me siento á poca distancia de aquel ser enigmático.

V

Cogi el periódico y lo desplegué ante mí, para examinar á mis anchas al desconocido detrás de ese resguardo.

Seguía sin moverse; de vez en cuando levantaba la cabeza, inclinada hacia adelante. Evidentemente, esperaba á alguien.

Le observé de continuo.

A veces me parecía ser víctima de un engaño de mi imaginación, que no existía aquella semejanza, y que me dejaba llevar de un extravío semiinvoluntario de mi fantasía... Mas, apenas se rebullía aquel hombre en el asiento ó movía ligeramente la mano, me costaba trabajo contener una exclamación, y de nuevo reconocía con

claridad á mi padre, tal como se me había aparecido en sueños.

Al cabo, el desconocido advirtió la insistencia conque yo le miraba; al principio pareció sorprendido y después enojado; y echando una mirada hacia donde estaba yo, hizo ademán de levantarse. Ese movimiento hizo caer un bastoncillo apoyado contra la mesa.

Di un salto desde mi asiento, recogí el bastón y se lo entregué. El corazón me palpitaba como si fuera á romperse.

Me dió las gracias; pero su sonrisa era forzada. Acercó su rostro al mío, levantó las cejas y entreabrió los labios, cual si alguna cosa acabara de chocarle.

—Es V. muy cortés, joven—dijo de pronto con voz seca, aguda y gangosa;—eso es muy raro en nuestros días... Permítame que le felicite: ha recibido V. excelente educación.

No recuerdo lo que le respondí, pero nos pusimos á conversar.

Supe que era compatriota mío; que regresaba de América, donde había pasado algunos años y adonde se disponía á volver. Dijo ser el barón de... (no distinguí bien el título).

Lo mismo que «el padre de mis ensueños», concluía las frases masculleando entre dientes palabras ininteligibles.

Manifestó deseos de conocer mi apellido. Cuando se lo hube dicho, pareció reflexionar un instante; luego me preguntó desde cuándo me encontraba en aquella ciudad y si estaba solo.

Respondí que vivía con mi madre.

—¿Y el padre de V.?

—Mi padre ha muerto hace mucho tiempo.

Se informó entonces del nombre de pila de mi madre, y en cuanto lo oyó soltó una carcajada reprimida, de la cual se excusó al instante diciéndome

que era una muletilla americana, y que además era muy original.

Me interrogó de nuevo para saber dónde estaba nuestra casa. Se lo indiqué.

VI

La emoción que se había apoderado de mí al comienzo de nuestra conversación principiaba á calmarse poco á poco; sólo me extrañaba este raro encuentro.

No me gustaba la sonrisa con que el barón me interrogaba, ni tampoco la expresión de sus ojos, los cuales parecían querer atravesarme... Había en sus miradas algo feroz y protector, algo penoso. Nunca había visto esos ojos en mis ensueños.

El rostro del barón era extraño: un rostro marchito, fatigado, y que aún

tenía un aire de juventud que resultaba desagradable.

«El padre de mis ensueños» tampoco tenía el chirlo que cortaba con oblicuidad toda la frente de mi nuevo conocido; no vi ese chirlo sino al aproximarme mucho al barón. Acababa de decirle el nombre de nuestra calle y el número de nuestra casa, cuando un negro de alta estatura, con un poncho que le tapaba hasta las cejas, se acercó al barón y le tocó ligeramente en la espalda.

Volvióse mi interlocutor y exclamó:
—¡Ah! ¡Por fin!

Y dirigiéndome un leve saludo con la cabeza entró en el café, siguiéndole el negro.

Permanecí bajo el toldo con el propósito de aguardar la salida del barón para hablar con él de nuevo. En realidad, ni siquiera sabía qué decirle. Quería comprobar otra vez mi primera impresión.

Pero pasó media hora... una hora... y el barón no salía.

Entré en el café y recorrí todo él, sin ver por ninguna parte al barón ni al negro... Era evidente que ambos habían salido por la puerta de atrás.

Comencé á sentir un fuerte dolor de cabeza, y para refrescarme di una vuelta por la orilla del mar, costeando la playa, hasta un gran parque plantado doscientos años ha.

Después de haberme paseado dos horas á la sombra de robles y plátanos gigantescos, me decidí á volver á casa.

VII

Al ir á atravesar el vestíbulo, me salió al encuentro la doncella, toda trastornada.

Por la expresión de su rostro com-

prendí en seguida que había pasado algo desagradable durante mi ausencia.

En efecto, hizome saber que una hora antes se había oído un grito aterrador, que salió del cuarto de mi madre; corrió y encontró á su señora tendida en el suelo, con un desmayo, que duró varios minutos. Cuando mi madre recobró el conocimiento, tenía un aspecto extraño, despavorido; tuvo que meterse en cama. No dijo una palabra ni respondió á las preguntas que se le dirigieron, y en todo el tiempo no cesó de echar, temblando, inquietas miradas en torno suyo.

La doncella había hecho que el jardinero fuera en seguida á buscar al médico. Vino el doctor y mandó un calmante, pero no pudo obtener de mi madre ni una sola palabra.

Aseguraba el jardinero que inmediatamente después de haber exhalado mi madre aquel grito terrible, había visto en el jardín un hombre desconocido

que saltaba precipitadamente por encima de los arriates, dirigiéndose á la puerta que daba á la calle.

Habitábamos en una quinta cuyas ventanas daban á un gran jardín.

El jardinero no había conseguido ver el rostro de aquel hombre; pero tuvo tiempo de advertir que llevaba una larga chamarreta y sombrero de paja.

«¡La vestimenta del barón!»—dije para mí.

El jardinero no pudo alcanzar á aquel individuo, porque en el mismo instante le enviaron á casa del médico.

Fui en seguida al aposento de mi madre. La encontré en cama, con la cara más blanca que las almohadas donde reclinaba la cabeza.

Me conoció, sonrióse débilmente y me alargó la mano. Me senté junto á ella y me puse á interrogarla.

Al pronto se negó á responder; luego concluyó por confesarme que aca-

baba de ver una cosa terrible que la había espantado.

—¿Ha entrado alguien en tu cuarto?—pregunté.

—No, no, nadie—respondió con viveza.—Nadie ha venido... pero me pareció... creí ver... un fantasma...

Callóse y se tapó la cara con las manos. Ganas me daban de decirla lo que acababa de saber por el jardinero y de hablarla de mi encuentro con el barón; pero, no sé por qué, espiraron las palabras en mis labios.

Me limité á asegurar á mi madre que los fantasmas no se mostraban en pleno día.

—Deja ese asunto, te lo suplico—murmuró.—Deja eso... día vendrá en que lo sepas todo.

Callóse de nuevo. Estaban frías sus manos; su pulso latía veloz é irregular. La di una cucharada de su poción y me alejé de la cama para no agitarla.

No se levantó en el resto del día. Permaneció inmóvil, boca arriba, exhalando con raros intervalos suspiros profundos, abriendo con temor los párpados.

En casa, todo el mundo estaba perplejo.

VIII

Durante la noche, mi madre tuvo un ligero acceso de fiebre y me despidió de su cuarto.

No entré en mi habitación, sino que me tendí sobre un diván en una pieza contigua á la de la enferma. Cada cuarto de hora levantábame, iba de puntillas á la puerta y escuchaba...

Todo seguía tranquilo; pero mi madre no pudo pegar los ojos en toda la noche.

Cuando á la mañana siguiente en-

tré á verla muy temprano, la encontré con las mejillas encendidas y los ojos con un brillo que no era natural. Durante el día se sintió un poco mejor; hacia la noche, elevóse la temperatura de su cuerpo.

Hasta entonces había guardado un silencio tenaz; pero de pronto se puso á hablar con voz precipitada y jadeante. No deliraba; sus palabras tenían sentido, faltándoles nada más que ilación.

Permanecí sentado junto á ella. Poco antes de media noche se enderezó de repente en la cama con un movimiento convulsivo y se puso á contar... con la misma voz anhelosa, bebiendo sin cesar sorbitos de agua, agitando débilmente las manos y sin mirarme ni una sola vez...

Deteniáse á ratos, hacía un esfuerzo y continuaba su relato...

Era tan extraña aquella escena, que parecía como si hablase entre

sueños, como si estuviese ausente ella misma, y como si otro ser se expresase por boca de ella ó la sugiriese sus palabras...

IX

«... Escucha lo que tengo que contarte—dijo para empezar.—Ya no eres un niño, debes saberlo todo.

Tenía yo una íntima amiga... Se casó con un hombre á quien amaba de todo corazón y fué muy feliz con su marido.

El primer año de matrimonio fueron á la capital para pasar allí algunas semanas y divertirse. Se hospedaron en una fonda principal y frecuentaron la sociedad y los teatros.

Mi amiga era muy bonita, todo el mundo se fijaba en ella. Los jóvenes la galanteaban con encarnizamiento.